

En Otoño

*Tú pues, encenderás mi lámpara,
Jehová, mi Dios, alumbrará mis tinieblas.*

SALMO XVIII-28

Carlos y Blanca, instalados ya en su casa, se disponían a pasar la primera velada juntos.

Carlos leía un libro, escogido al azar, Blanca se acercó a la ventana, y miró a lo lejos, con distracción.

Era una noche de principios de otoño tibia y apacible. Ni un movimiento afuera. Distinguíanse apenas las formas indecisas de los árboles en la calle larga y sola, sobre el fondo de un cielo oscuro con escasas estrellas. Solo a ratos, las hojas de los árboles se estremecían bajo el soplo de una brisa silenciosa.

Blanca empezó a escuchar; aquel rumor triste y vago la agradó. Había en él algo, como la armonía de una canción olvidada, que se impuso a su espíritu y la obligó a atender.

Y Blanca recordó. ¡La canción de las hojas! Una canción muy queda; tan queda como la canción de un alma triste; y sin quejas, como la oración de un peregrino a quien nada le resta que sufrir...

¡Qué misterioso parecíale en otros tiempos el rumor de hojas estremecidas! ¡Y cómo lo comprendía ahora!

De cuando en cuando se desprendía una; remolineaba junto a la materna rama, y partía, llevada por la brisa, a transformar su vida y a vivir...

Oyendo y viendo, Blanca aprendía. Aprendía intensamente la experiencia de las hojas, comprendiendo que allí, también, estaba la experiencia de la vida.

Un instante le bastó. ¿A qué más consideraciones, si la canción de las cosas es tan sincera, que todo es uno, sentirla y penetrarla?

Un instante le bastó, y en ese instante Blanca entregó a la brisa silenciosa la canción plegaria de su alma, cuyo lenguaje parecía el lenguaje de las hojas...

En seguida sus pensamientos fueron a Carlos. Le miró. Carlos, sentado junto a una mesa, leía, y a ratos meditaba, la vista vaga, quieto, con quietud de ensimismamiento. Blanca volvió todo su espíritu a él. Quiso leer en la actitud, en los ojos, en el abandono de las manos, en la contracción de la boca, los pensamientos que anidaba aquel cerebro. Leyó con toda su bondad, con su ternura inagotable. Y si sus labios se contrajeron imperceptiblemente, su alma, en verdad se anegó de dolor.

En seguida reaccionó. Consideró su suerte. Consideró la de Carlos. Comparó. En seguida sufrió noblemente por Carlos. Luego por ella misma. Quiso desechar sus pensamientos. Recordó las hojas. Volvió a pensar en Carlos. Y del dolor pasó a la tristeza; de la tristeza a la compasión, de la compasión a la indulgencia...

Y la luz se hizo en su espíritu. Por primera vez en su vida consideraba a Carlos con indulgencia. Con indulgencia humana; con la indulgencia que perdona, con la indulgencia que comprende. ¡Cuántos pensamientos acudieron entonces a su mente! ¡Qué paz a su espíritu, qué alegría a su corazón! Y quiso darles allí, entre sus convicciones, entre los eslabones espirituales de su vida, lugar definitivo, lugar insustituible.

¡Ah! ya no sufriría por lo que Carlos no era, por lo que no sería jamás. ¿Qué importa? Ahora su cariño se vería libre de angustias.

Consolada, reconfortada, volvió a mirar por la ventana abierta. ¡Qué saludable aquella gran quietud, para su alma, que en la quietud se había refugiado! Pensó un instante en traducir para Carlos el lenguaje de las hojas. Tal vez él lo comprendiera. Tal vez a él le agradara. Pero no se atrevió.

Mientras tanto, los pensamientos de Carlos habían hecho su recorrido habitual, por el mundo y por la vida, con el resultado de costumbre...

Y cansado, a su vez, volvió los ojos y el corazón a su hermana. Pero ya, ni en el espíritu, ni en el rostro expresivo de Blanca aparecía la sombra de la antigua angustia; una serenidad que casi desconocía embargaba su ánimo: después de haber aceptado su vida, aceptaba la de Carlos, tal cual era. Es cierto que se reprochaba haber sufrido por sí misma cual no sufría ahora por Carlos. Pero a la verdad, había ella agotado los grandes dolores de la vida.

Ahora uno y otro se comprenderían mejor. Ahora ella nada exigiría de él. Ahora él podría ampararse en la ternura indulgente de ella, descansar allí de sus largas jornadas y refrescar en ella las angustias de su alma inquieta.

Uno y otra, acostumbrados a vivir su vida interior, respetaban las meditaciones del hermano. Y sin saberlo, sus pensamientos eran los mismos: el pasado, la familia, el hogar que habían intentado reconstruir.

Carlos recordaba a su gran amigo, su padre, y a aquella vida que al acabarse, había dejado la suya, en desamparo moral, desorientada, sola en la lucha. Pensaba en la recia jornada de la vida, a la que había aportado él tantas cualidades, tantas esperanzas, tantas fuerzas juveniles, tanto estímulo de los suyos, y que sin embargo, no había coronado sus desvelos. Pensaba también en Hugo, y alejado de él, se convencía más y más de que sus distintas condiciones abrían entre ambos un abismo. Y sin saber por qué, temía, vagamente, que ese abismo fuese de odio, o aún peor: de envidia.

Blanca, apoyados los codos en la mesa, hundidos los dedos en los cabellos, inmóvil, recordaba. No el pasado reciente, no la dicha ida, no el renunciamiento de todo cuanto amara. Para sentir la alegría tranquila que inundaba su rostro, era necesario que su voluntad se opusiera a que volviese a su mente *todo aquello*.

Blanca pensaba en el pasado. En aquel pasado en que juntos, Carlos y ella, en noches tan calladas como aquella, tan apartados del mundo como entonces—¡oh, sí, muy apartados, pues que aún no le conocían!—eseñaban al padre o a la madre, en cuyo regazo Ada, pequeñita, dormía.

¡Qué lejano se le antojaba aquel tiempo! Y luego, se acercaba, se acercaba hasta parecer un ayer.

—Sí—pensaba Blanca—todo el pasado se reduce a *ayer*. Ayer sufrí... ayer fui feliz... ¿Fuí feliz?

Y Blanca sonrió, con aquella sonrisa suya que decía tantas cosas y que ocultaba tantas otras.

Sí, aquel pasado era ayer... ¿Ayer? ¡Pero qué lejano estaba! ¡Cuánto hubiera deseado suprimir tantos días que siguieron! ¡Tantos! Aquellos...; estos...; estos otros; los días de dolor, los días de soledad, los días de desesperanza.

Y quedó un instante suspendida entre los dulces recuerdos lejanos, y los recuerdos recientes...

Los recuerdos recientes se alzaron ofendidos, airados, vengativos. ¡Quería desecharlos! N6. En ciertas almas los recuerdos no se borran. ¿No eran ellos los que acudían con persistente empeño a su espíritu, por poco que ella lo deseara? Y acaso, ¿no lo deseaba con frecuencia—¡ah, con harta frecuencia!—¿no los amaba? Desecharlos, alejarlos de su vida, ¿para qué? ¡Si era imposible, si voluntariamente ponía especial cuidado en revivirlos prolija, dolorosamente!

Pero aquella era la primera velada que debían pasar juntos Carlos y ella. No quiso entonces hundirse egoistamente en lo que era solo suyo. Deseaba que un espíritu ligero se cerniera sobre ellos, y que uniéndolos no los uniese en divagaciones dolorosas; de nada profundo deseaba hablar. Por eso rechazó de su mente la memoria del pasado. ¡El porvenir en cambio ofrece tanto campo a la esperanza! Del porvenir son bien pocos los descontentos. Y Blanca, después de hacerse esa reflexión, agregó para sí:—Yo, seguramente. Y se hundió en nuevas cavilaciones. ¡Le era tan difícil, ahora, descender desde sus pensamientos a una conversación cualquiera!

—¡Qué buena es, Carlos—dijo al fin—la vida en tu casa, en nuestra casa! En el campo, tan consolador, tan consecuente amigo. ¿Recuerdas? Amigo en nuestra infancia, brindábase a nuestros juegos. Amigo en la juventud, alimentó nuestras esperanzas. El amigo de hoy nos consuela.

Carlos levantó la vista y la miró con distracción, casi sin escucharla.

—Es tan discreta la soledad—continuó ella.—Páreceme vivir más, más hondo. También, hemos aquí libres...

—Libres—repitió Carlos—oh sí; siéntome tan fuerte, tan osado, que no dudo de que soy libre.

E irguió la cabeza, como para sostener con el ademán, las palabras.

—Hemos libertado nuestras almas—continuó ella.

—Es verdad—dijo él—hemos libertado nuestras almas.—Y como distraído, preguntó muy quedo, como si para sí mismo hiciera la pregunta:—¿De quién?

—De nosotros mismos, Carlos—dijo Blanca gravemente, mirándole en los ojos. Y siguió después, pensativa, con voz confidencial y grave:

—Recuerdo un día, en la estancia: hablábamos de tí. Hugo decía que eras eselavo de un afán, que quizá en su origen fué

bueno, pero que habia llegado a convertirse en la causa de todos tus males actuales. . .

—¿Cuál?

—Acaso no fué descubierto por él. Algo semejante he leído no sé donde: alguien que lamenta no poseer la prudencia de esos seres que tienen la cordura de saber esperar a su alma, de dejarla crecer, sin adelantarse a ella. Alguien que, sin duda, habia impulsado la suya a amar y a sufrir muy pronto. Esa cordura es la que te echaba de menos Hugo: lamentaba tu impaciencia por vivir pronto la vida. Pronto e intensamente. . .

Carlos sintióse retrospectivamente ofendido. Aquello era tal vez verdad. Pero ¡Hugo siempre! Sintió sobre sí aquella mirada fríamente clara, fríamente reprobadora. Y como antes, y como siempre, ante ella, se hizo evidente su confusión.

—¡Ah, Blanca—dijo—es cierto! Es cierto que he vivido mucho en poco tiempo, sin tener como otros la sabiduría de hacerlo bien. Es cierto que ahora procedería de otro modo. Mas ¿a qué precio lo he aprendido? Al de la pérdida de todo lo que para el alma es la juventud. Sí, he sentido siempre como una fiebre en mí el deseo de realizar mañana lo que deseaba hoy. ¿Qué me apuraba? No sé. No quiero pensar que otro que yo tenga culpa. ¿Desde cuándo soy así? Tampoco sé. Cuando recuerdo mi infancia, pienso en el corto tiempo que fuí niño. Pero tú, recuerdas, Blanca, ¿verdad? Recuerdas que algo, no un estímulo, sino una orden imperiosa pesaba sobre nosotros? ¿Una orden a ser más, a ser mejores? ¿A usar y a gastar el mayor esfuerzo y seguir, seguir siempre adelante? Recuerdas Blanca, que éramos niños; ¡y cuánto sabíamos! ¡Y cuánto nos adelantábamos a saber!

Y hablaba con pena y a la vez con delicia de aquellos tiempos.

—Pero ¿estás seguro, Carlos—preguntó Blanca—de que aquella orden imperiosa que tú dices, no venía de tí, solo de tí?

—Tal vez viniera de mí—contestó él—sin atenderla mayormente. Pero ¿qué importa, si me dominaba?

Y prosiguió:

—Y mientras nosotros apurábamos nuestra impaciencia, y nuestro esfuerzo en abarcar más, Ada dormía. Tenía entonces la cabeza rubia como la de un paje de leyenda. Cuando despertaba, el silencio en nuestra casa concluía. Ada reía. Ada cantaba. Y era tan linda. . .

—¡La queríamos tanto!

—¡Y hoy es tan linda, la queremos tanto!...

—Gocemos en su felicidad, Carlos. Y si es posible gocemos sin tristeza, sin compararnos con ella. Y nuestra suerte, aceptémosla. Hemos libertado nuestras almas, decíamos hace poco. Sí, Carlos. Y si eso no es completamente cierto, es necesario que lo sea. Hemos libertado nuestras almas de un mal afán de vida superior, intensa, difícil.

Y luego añadió con leve ironía en la voz y en la sonrisa:

—Descábamos siempre que el día de mañana fuese de día de heroicidades...

Se interrumpió, turbada, creyendo haber confesado demasiado, asustada del valor de sus palabras. Pero continuó descubriendo su alma, exponiéndola al reproche propio y al ajeno, con todo el valor de su arrepentimiento.

—No nos gustaba ser como los otros. vivir como los demás.

Pensábamos que teníamos mayores derechos, porque poseíamos unas cuantas condiciones buenas... Tú esperabas triunfar, ser admirado, no sé... Yo me creía con más derechos que otras a ser feliz. Feliz como yo soñaba, como yo esperaba la felicidad completa, la verdadera felicidad...

Blanca sonrió con toda su tristeza, con toda su amargura, y sus dedos, blancos y finos, se entrelazaron una vez más en aquel ademán de oración y de súplica que la era habitual.

—Sí — continuó, — vivíamos esperando, creyendo merecer la dicha que nos traería el mañana. Un mañana que sólo existía en nuestra imaginación.

Carlos reflexionaba. Todo aquello que bien podía ser cierto y que iba entrando a su espíritu, era la paz, era la calma de una liberación por largo tiempo anhelada, pero...

Y le extrañaba que tales pensamientos hubiesen pasado por la mente de su hermana.

Blanca observaba e iba comprendiendo. ¡Descaba tanto que sus palabras fueran escuchadas! Llevar por ellas al hermano el presente de una vida nueva mejor, de más trabajo, de más realidades. Hacerle comprender todo aquello que ella sabía por qué había sufrido.

—Ahora no olvides, Carlos — agregó un momento después — que eso ya no puede ser así; que somos libres. No esperemos que el día de mañana nos traiga una compensación a lo que sufrimos ayer. No; no será, ni puede ser. A nadie, ni a nada interesa nuestra suerte. Yo sólo espero, sólo deseo que el día de ma-

ñana se parezca al día de hoy. Sí, la vida que me resta vivir, formada por días igualmente apacibles, igualmente tranquilos. ¡Y qué buena va a ser entonces la vida, Carlos! Nada exigiré de ella; nada me negará entonces. Viviré para mí, para tí...

El la escuchaba extrañándose más y más.

—Blanca — le dijo. — ¡Y si restara aún una postrera asua de nuestras almas inquietas, y si esa asua produjera el incendio? ¡Si nuevamente nos lanzáramos a anhelar una vida más feliz?

Ella le miró muy seria:

—Nos guardaríamos de exponerla en nuevas experiencias dolorosas. ¡Y crees que no tiene verdaderos esfuerzos, triunfos austeros, la vida que nos espera, cuando se tiene el valor de aceptarla? Será árida y trabajosa tal vez, pero nosotros la embelleceremos y ocuparemos su tiempo hasta hacerla agradable y buena. Y entonces empezaré a creer que, perdidas nuestras más bellas esperanzas, nos queda aún algo bueno: la satisfacción de ser fuertes y de saber dominarnos.

Carlos se levantó. Se acercó a ella. La miró en los ojos.

Ella levantó hasta él los suyos llenos de claridad:

—¿Y bien? — preguntó.

—¡Y bien, Blanca — contestóle con amargura y con reproche — cómo has cambiado! ¿Tú? ¿Tú dices eso? ¡Ah, Blanca, has olvidado! ¿Cómo has olvidado todo aquello en que se cifraba nuestro antiguo cariño y nuestra antigua amistad? ¿No recuerdas cuando después de leer nuestros libros y de soñar nuestros sueños, tú me decías: “Seamos así, Carlos; sólo esa vida encierra belleza”? A veces te corregías; no sé qué temor te asaltaba, pero agregabas: “Sé tú así; tú, al menos, que eres hombre”. Y tus ojos se ennegrecían como se ennegrecen siempre que tus labios predicen... ¡Cómo has cambiado, Blanca! ¿Qué me aconsejas hoy? ¡No sabes que son aquellas palabras que viven, palabras que trazaron rumbos definitivos en la vida!

Y el reproche crecía en los ojos de Carlos.

Blanca le miró asustada. La angustia cubrió de sombras su mirada. El dolor oprimió su corazón.

—Perdón, Carlos — imploró. — Hice mal. ¡Y tú lo recuerdas? ¡Pero si yo no sabía, no conocía la vida!

Carlos la miró con más extrañeza aún. Y el reproche fué desapareciendo de sus ojos.

Perdonó. ¿Qué podía hacer sino perdonar?

Y para no entregarse demasiado pronto a nuevos pensamientos, a pensamientos dolorosos; para no juzgar con demasiada ligereza, o con demasiada severidad, tomó de nuevo el libro y empezó a leer. Recién entonces se dió cuenta de que leía a Maeterlinck. De pronto, ciertas palabras hirieron su atención: “Vivimos juntos, nos vemos todos los días y nada percibimos hasta que...” Y luego: “La triste, la ingénua, la blanca alma de la pobre niña ¡ah! si hubiera dicho lo que debió decir; ¡oh! si hubiera hecho lo que debió hacer”.

Y Carlos cerró el libro.

¡La pobre niña! Carlos comprendió. Como antes en el espíritu de Blanca, la luz se hizo en el suyo. También la compasión y la indulgencia inundaron su alma. También sufrió por algo, irremediamente perdido en la vida de ella. También se reprochó su dureza, comprendiendo que, a pesar de todo, Blanca, su hermana muy amada, ¡siendo cual era! no era sino una *pobre niña...*

Mientras tanto, afuera, el soplo del viento movía las ramas de los árboles, y las hojas se estremecían con ruidos de quejas.

Blanca volvió a escuchar. Y de nuevo a pensar.

— ¡Oh! — se decía interiormente. — ¡Qué triste es la canción de las hojas! ¡Y tan larga! Las hojas de estos mismos árboles continuarán cantando su canción eterna, mucho tiempo después que hayan cesado para siempre las inquietudes de mi alma. ¡Oh, sí, mucho después!

Y sonrió a la idea de aquella paz completa, como antes había sonreído al recuerdo del pasado.

Mercedes Dans.